

N#1 BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

# DANIEL SILVA

«EL MEJOR REPRESENTANTE A NIVEL MUNDIAL DE LA NOVELA DE ESPÍAS»

*THE WASHINGTON POST*



## LA VIOLONCHELISTA

HarperCollins  
*Thriller*

**DANIEL  
SILVA**

LA  
VIOLONCHELISTA



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

La violonchelista  
Título original: The Cellist  
© 2021, Daniel Silva

© 2022, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.  
Publicado por HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.  
© De la traducción del inglés, Victoria Horrillo Ledesma

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta edición ha sido publicada con autorización de HarperCollins Publishers LLC, New York, U.S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: Darren Holt, HarperCollins Design Studio  
Imagen de cubierta: Shutterstock.com

ISBN: 978-84-9139-755-7

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

## Créditos

### PRIMERA PARTE: *Moderato*

1. Jermyn Street, st. James's
2. Cheyne Walk, Chelsea
3. Londres
4. Hospital St. Thomas, Lambeth
5. Nahalal, Israel
6. Queen's Gate Terrace, Kensington
7. Eaton Square, Belgravia
8. Londres - Norwich
9. Bishopgate, Norwich
10. Aeropuerto Ciudad de Londres - Ámsterdam
11. Museo Van Gogh, Ámsterdam
12. Wormwood Cottage, Dartmoor
13. Wormwood Cottage, Dartmoor
14. Berna
15. Sede del Ndb, Berna
16. Zúrich
17. Erlenbach, Suiza
18. Römerhofplatz, Zúrich
19. Erlenbach, Suiza
20. Erlenbach, Suiza

### SEGUNDA PARTE: Minueto y trío

21. Zúrich - Valle de Jezreel
22. Alta Galilea, Israel
23. Alta Galilea, Israel
24. Alta Galilea, Israel
25. Tiberíades, Israel
26. King Saul Boulevard, Tel Aviv
27. Ginebra
28. Talackerstrasse, Zúrich
29. Kensington, Londres

- [30. Ginebra - Zúrich](#)
- [31. Rosenbühlweg, Zúrich](#)
- [32. Londres - Zúrich](#)
- [33. Kunsthaus, Zúrich](#)
- [34. Kunsthaus, Zúrich](#)
- [35. Quai du Mont-Blanc, Ginebra](#)
- [36. Quai du Mont-Blanc, Ginebra](#)
- [37. Ginebra - París](#)
- [38. Île Saint-Louis, París](#)
- [39. Féchy, Cantón de Vaud](#)
- [40. Féchy, Cantón de Vaud](#)

TERCERA PARTE: *Adagio cantabile*

- [41. Ginebra - Londres](#)
- [42. Quai du Mont-Blanc, Ginebra](#)
- [43. Tel Aviv - Langley, Virginia](#)
- [44. Ginebra](#)
- [45. Féchy, Cantón de Vaud](#)
- [46. Ginebra - Costa de Prata, Portugal](#)
- [47. Costa de Prata, Portugal](#)
- [48. Courchevel, Francia](#)
- [49. Courchevel, Francia](#)
- [50. Courchevel, Francia](#)
- [51. Rue de Nogentil, Courchevel](#)
- [52. Rue de Nogentil, Courchevel](#)
- [53. Rue de Nogentil, Courchevel](#)
- [54. Rue de Nogentil, Courchevel](#)
- [55. Rue de Nogentil, Courchevel](#)
- [56. Aeropuerto de Chambéry, Francia](#)
- [57. Macizo de La Vanoise, Francia](#)

CUARTA PARTE: *Finale*

- [58. Ginebra - Londres - Tel Aviv](#)
- [59. Tzamarot Ayalon, Tel Aviv](#)
- [60. Narkiss Street, Jerusalén](#)
- [61. Wilmington, Delaware](#)
- [62. Wilmington, Delaware](#)

[63. Colina del Capitolio, Washington](#)

[64. Washington](#)

[QUINTA PARTE: \*Encore\*](#)

[65. Washington](#)

[66. Narkiss Street, Jerusalén](#)

[67. Mason's Yard, St. James's](#)

[Nota del autor](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A los agentes de la Policía del Capitolio de  
Estados Unidos y de la Policía Metropolitana de  
Washington que defendieron nuestra  
democracia el 6 de enero de 2021*

*Y, como siempre, a mi mujer, Jamie, y a mis  
hijos, Lily y Nicholas*

Cleptocracia (*de clepto- y -cracia*).

*f. Sistema de gobierno en el que prima el interés por el enriquecimiento propio a costa de los bienes públicos.*

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA. RAE

*En Rusia el poder equivale a riqueza y la riqueza a poder.*

ANDERS ÅSLUND, RUSSIA'S CRONY CAPITALISM





# **PRIMERA PARTE**

***Moderato***

# 1

## **Jermyn Street, st. James's**

Sarah Bancroft envidiaba a esas almas afortunadas que creían controlar su destino. Para ellas, la vida era tan sencilla como montar en metro. No había más que introducir el billete en el torniquete de entrada y apearse en la parada correcta: en Charing Cross en vez de en Leicester Square. Ella nunca había profesado semejantes bobadas. Sí, uno podía prepararse, podía esforzarse, podía tomar decisiones, pero en última instancia la vida era un complejísimo juego de previsión y probabilidad. Ella, por desgracia, había demostrado una asombrosa falta de sincronía tanto en el amor como en el trabajo. Iba siempre un paso por delante o un paso por detrás. Había perdido muchos trenes. Y varias veces había tomado un tren equivocado, casi siempre con resultados desastrosos.

Su última maniobra profesional parecía ceñirse a esa pauta nefasta. Tras convertirse en una de las principales comisarias de arte de Nueva York, había decidido mudarse a Londres para hacerse cargo de la gestión diaria de la galería Isherwood Fine Arts, proveedora de cuadros de maestros antiguos italianos y holandeses desde 1968. Y, cómo no, al poco tiempo de su llegada se declaró una pandemia mortífera. Ni siquiera el mundillo del arte, que satisfacía los caprichos de los superricos planetarios, fue inmune a los estragos del contagio. Casi de la noche a la

mañana, el negocio entró en algo parecido a un paro cardíaco. Las pocas veces que sonaba el teléfono, solía ser un comprador o su representante que llamaban para cancelar un encargo. Desde el estreno en el West End del musical *Buscando a Susan desesperadamente* —declaró la madre de Sarah con su mordacidad habitual—, no se había visto en Londres un debut menos prometedor.

Isherwood Fine Arts había pasado por malas rachas otras veces —guerras, atentados terroristas, crisis petrolíferas, hundimientos del mercado, relaciones sentimentales devastadoras—, pero siempre había logrado capear el temporal. Sarah había trabajado una temporada en la galería quince años atrás, mientras prestaba servicios como agente encubierta de la Agencia Central de Inteligencia. Aquella operación había sido un proyecto conjunto americanoisraelí, dirigido por el legendario Gabriel Allon. Con la excusa de un Van Gogh desaparecido, Gabriel había introducido a Sarah en el entorno de un multimillonario saudí llamado Zizi al Bakari, con la misión de encontrar al cerebro terrorista que se ocultaba allí. Desde entonces, su vida no había vuelto a ser la misma.

Tras concluir la operación, pasó varios meses recuperándose en una casa de la Agencia, en la campiña del norte de Virginia. Después, trabajó en el Centro de Lucha Antiterrorista de la CIA en Langley, y participó en varias operaciones conjuntas americanoisraelíes, siempre a las órdenes de Gabriel. Los servicios de inteligencia británicos conocían bien su pasado y estaban al tanto de su presencia en Londres, lo que no era de extrañar teniendo en cuenta que en ese momento compartía la cama con un agente del MI6 llamado Christopher Keller. Normalmente, una relación como la suya estaba estrictamente prohibida, pero en el caso de Sarah se había hecho una excepción. Graham Seymour, el director general del MI6, era amigo suyo, al igual que el primer ministro, Jonathan Lancaster. De hecho, poco después de su llegada a Londres

Christopher y ella habían cenado en privado en el Número Diez.

Con la única excepción de Julian Isherwood, propietario de la encantadora galería que llevaba su nombre, los miembros del mundillo del arte londinense desconocían todo esto. Para sus colegas y competidores, Sarah era la bella y brillante historiadora del arte norteamericana que había iluminado fugazmente su mundo un triste invierno de hacía mucho tiempo, para luego abandonarlos por gente como Zizi al Bakari, ya fallecido. Y ahora, después de un tumultuoso periplo por el mundo del espionaje, había regresado, demostrando así que, tal y como ella suponía, todo era cuestión de previsión y probabilidad. Por fin había cogido el tren correcto.

Londres la había recibido con los brazos abiertos y casi sin hacer preguntas. Apenas le había dado tiempo a poner en orden sus asuntos antes de la invasión del virus. Se contagió a principios de marzo en la Feria Europea de Arte y Antigüedades de Maastricht y enseguida infectó a Julian y Christopher. Julian pasó quince días horribles en el University College Hospital. Sarah se salvó de los peores síntomas, pero durante un mes tuvo fiebre, cansancio y dolor de cabeza, y le costaba respirar cada vez que se levantaba casi a rastras de la cama. Como cabía esperar, Christopher salió indemne: fue asintomático. Sarah le castigó obligándole a atenderla como un esclavo. Y, a pesar de todo, su relación sobrevivió.

En junio, Londres despertó del letargo del confinamiento. Después de dar tres veces negativo en las pruebas de COVID, Christopher volvió al trabajo en Vauxhall Cross. Sarah y Julian, en cambio, esperaron hasta el solsticio de verano para reabrir la galería. Esta estaba situada en Mason's Yard, un tranquilo cuadrángulo adoquinado rodeado de locales comerciales, entre las oficinas de una compañía naviera griega de poca importancia y un *pub* que en los días de inocencia anteriores a la peste frecuentaban

bonitas oficinistas motorizadas. En el último piso había una hermosa sala de exposiciones inspirada en la famosa galería parisina de Paul Rosenberg, en la que Julian había pasado muchas horas felices de niño. Sarah y él compartían el espacioso despacho de la primera planta con Ella, la atractiva pero ineficaz recepcionista. Durante la primera semana después de la reapertura, el teléfono sonó solo tres veces, y las tres veces Ella dejó que saltara el buzón de voz. Sarah la informó de que sus servicios —si es que podían considerarse como tales— ya no eran necesarios.

No tenía sentido sustituirla. Los expertos auguraban una segunda ola arrolladora cuando volviera el frío, y los comerciantes londinenses estaban advertidos de que podía haber nuevos cierres decretados por el Gobierno. Lo último que le hacía falta era tener otra boca que alimentar. Decidió no desperdiciar por completo el verano y se propuso vender un cuadro, cualquier cuadro, aunque fuera lo último que hiciese.

Encontró uno, casi por casualidad, mientras hacía inventario de la cantidad catastrófica de obras sin vender que Julian guardaba en su atiborrado almacén: *La tañedora de laúd*, óleo sobre lienzo, 152 por 134 centímetros, del barroco temprano quizá, bastante dañado y sucio. El recibo original y los albaranes de envío aún se encontraban en los archivos de Julian, junto con una copia amarillenta del contrato. El primer propietario conocido era el conde Fulano de Bolonia, que en 1698 le vendió el cuadro al príncipe Mengano de Liechtenstein, quien a su vez se lo vendió al barón Zutano de Viena, donde el cuadro permaneció hasta 1962, cuando lo compró un marchante de Roma que al cabo de un tiempo se lo endosó a Julian. Había sido atribuido sucesivamente a la Escuela Italiana, a un discípulo de Caravaggio y, lo que era más prometedor, al círculo de Orazio Gentileschi. Sarah tuvo una corazonada. Le enseñó la obra al erudito de Niles Dunham, de la National Gallery, durante el paréntesis de tres horas que

Julian se reservaba a diario para ir a comer. Niles aceptó provisionalmente la atribución de Sarah, a la espera de que se efectuaran las pruebas técnicas de radiografía y reflectografía infrarroja. Después, se ofreció a comprarle el cuadro por ochocientas mil libras.

—Vale cinco millones o más.

—No en plena Peste Negra.

—Eso habrá que verlo.

Normalmente, cuando se descubría una obra de un artista de primera fila, su salida al mercado se anunciaba a bombo y platillo, sobre todo si la popularidad del artista en cuestión había aumentado en tiempos recientes debido a su trágica historia personal. Pero teniendo en cuenta la volatilidad del mercado —por no hablar de que el cuadro había sido *descubierto* en su propia galería—, Julian se decantó por una venta privada. Llamó a algunos de sus clientes más fiables y no le ofrecieron ni unas migajas. Sarah contactó entonces discretamente con un coleccionista multimillonario, amigo de un amigo. El coleccionista se mostró interesado y, tras varias reuniones en su residencia de Londres guardando la debida distancia social, llegaron a un acuerdo satisfactorio. Sarah solicitó un pago inicial de un millón de libras, en parte para cubrir los gastos de la restauración, que sería muy costosa. El comprador le dijo que fuera a su casa a las ocho de esa misma tarde a recoger el cheque.

Todo ello explicaba hasta cierto punto por qué Sarah Bancroft estaba sentada en una mesa esquinera del bar del restaurante Wilton's, en Jermyn Street, una húmeda noche de miércoles a finales de julio. El ambiente en la sala era ambiguo, las sonrisas forzadas y las carcajadas, aunque escandalosas, sonaban a falsas. Julian estaba apoyado en el extremo de la barra. Con su traje de Savile Row y sus abundantes mechones grises, tenía un aire de elegancia algo dudosa, una apariencia que él mismo describía como de digna depravación. Miraba con fijeza su copa de

Sancerre mientras fingía escuchar lo que Jeremy Crabbe, el director del departamento de Maestros Antiguos de Bonhams, le murmuraba atropelladamente al oído. Amelia March, de *ARTNews*, escuchaba con disimulo la conversación entre Simon Mendenhall, el subastador jefe de Christie's con aspecto de maniquí, y Nicky Lovegrove, asesor artístico de gentes cuya riqueza podía considerarse casi delictiva. Roddy Hutchinson —el marchante con menos escrúpulos de todo Londres, según la opinión general— tiraba de la manga al rechoncho Oliver Dimbleby, que no parecía darse cuenta, pues estaba manoseando a la bellísima exmodelo que ahora era propietaria de una exitosa galería de arte moderno en King Street. Al marcharse, la modelo le lanzó un decoroso beso a Sarah con sus perfectos labios de color carmesí. Sarah dio un sorbo a su martini de tres aceitunas y murmuró:

—Zorra.

—¡Te he oído! —Por suerte, era solo Oliver. Enfundado en un traje gris entallado, se acercó a su mesa flotando como un zepelín y se sentó—. ¿Se puede saber qué tienes contra la encantadora señorita Watson?

—Sus ojos. Sus pómulos. Su pelo. Sus tetas. —Sarah suspiró—. ¿Quieres que continúe?

Oliver hizo un gesto desdeñoso con su mano regordeta.

—Tú eres mucho más guapa, Sarah. Nunca olvidaré la primera vez que te vi cruzando Mason's Yard. Casi me da un infarto. Si no recuerdo mal, en aquella época hice un ridículo espantoso.

—Me pediste que me casara contigo. Varias veces, de hecho.

—Mi oferta sigue en pie.

—Me siento halagada, Ollie, pero me temo que no es posible.

—¿Soy demasiado viejo?

—En absoluto.

—¿Demasiado gordo?

Ella le pellizcó la mejilla sonrosada.

—Estás perfecto, de hecho.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que estoy involucrada.

—¿Involucrada en qué?

—En una relación.

Oliver puso cara de no conocer esa palabra. Sus relaciones románticas rara vez duraban más de una o dos noches.

—¿Te refieres a ese tipo que se pasea por ahí con un Bentley muy llamativo?

Sarah dio otro sorbo a su copa.

—¿Cómo se llama ese novio tuyo?

—Peter Marlowe.

—Suena a nombre inventado.

Lógico, pensó Sarah.

—¿A qué se dedica? —insistió Oliver.

—¿Puedes guardar un secreto?

—Mi querida Sarah, guardo en la cabeza más secretos sucios que el MI5 y el MI6 juntos.

Ella se inclinó sobre la mesa.

—Es un asesino profesional.

—¿En serio? Qué trabajo tan interesante, ¿no?

Sarah sonrió. No era cierto, por supuesto. Hacía ya varios años que Christopher no trabajaba como asesino a sueldo.

—¿Es por él por lo que has vuelto a Londres? —la sondeó Oliver.

—En parte. La verdad es que os echaba mucho de menos a todos. Incluso a ti, Oliver. —Miró la hora en su teléfono—. ¡Dios! ¿Puedes hacerme el favor de pagar mi copa? Llego tarde.

—¿Tarde a qué?

—Pórtate bien, Ollie.

—¿Por qué narices iba a portarme bien? Es aburridísimo...

Sarah se levantó, le guiñó un ojo a Julian y salió a Jermyn Street.

Llovía de pronto a mares, pero un taxi acudió enseguida en su auxilio. Esperó a estar a resguardo dentro del coche para darle la dirección al taxista.

—Cheyne Walk, por favor. Número cuarenta y tres.

## 2

# Cheyne Walk, Chelsea

Al igual que Sarah Bancroft, Viktor Orlov creía que la vida era un viaje que se hacía mejor sin ayuda de un mapa. Pese a que se había criado en un piso moscovita sin calefacción que compartían tres familias, se había hecho multimillonario gracias a una mezcla de suerte, determinación y tácticas despiadadas que incluso sus defensores más acérrimos calificaban de inescrupulosas, cuando no de criminales. Orlov no ocultaba que era un depredador y un rey entre los ladrones. De hecho, lucía esas etiquetas con orgullo.

—Si hubiera nacido inglés, habría hecho dinero limpiamente —le dijo con desdén a un periodista británico tras fijar su residencia en Londres—. Pero nací ruso. Y he hecho fortuna al estilo ruso.

A decir verdad, Viktor Orlov no había nacido en Rusia, sino en la Unión Soviética. Matemático brillante, estudió en el prestigioso Instituto de Precisión y Óptica de Leningrado y desapareció a continuación en el programa de armas nucleares soviético, donde se dedicó a diseñar misiles balísticos intercontinentales de ojivas múltiples. Cuando más adelante le preguntaron por qué se había afiliado al Partido Comunista, reconoció que solo lo había hecho para progresar en su carrera profesional.

—Supongo que podría haberme hecho disidente —añadió—, pero nunca me atrajo mucho el gulag.

Como miembro de la élite privilegiada, Orlov presenció desde dentro el declive del sistema soviético y comprendió que solo era cuestión de tiempo que el imperio se derrumbara. Cuando el colapso se produjo por fin, abandonó el Partido Comunista y juró hacerse rico. En pocos años amasó una fortuna considerable importando ordenadores y otros productos occidentales para venderlos en el incipiente mercado ruso. Después empleó ese dinero en adquirir la mayor empresa siderúrgica estatal de Rusia y Ruzoil, el gigante petrolero de Siberia. Al poco tiempo, Orlov era el hombre más rico de Rusia.

Pero en la Rusia postsoviética, un país en el que no imperaba la ley, su fortuna le convirtió en un hombre marcado. Sobrevivió al menos a tres atentados y se rumoreaba que había ordenado matar a varias personas como represalia. La mayor amenaza contra él vendría, sin embargo, del hombre que sucedió a Boris Yeltsin en la presidencia. El nuevo presidente, convencido de que Viktor Orlov y los demás oligarcas se habían adueñado de los principales recursos del país, se propuso recuperarlos para sí. Tras instalarse en el Kremlin, mandó llamar a Orlov y le exigió dos cosas: su empresa siderúrgica y Ruzoil.

—Y no metas la nariz en política —añadió en tono amenazador—. O te la cortaré.

Orlov aceptó renunciar a sus intereses siderúrgicos, pero no a Ruzoil. El presidente no se lo tomó bien. Mandó de inmediato a la fiscalía que le investigara por fraude y soborno, y una semana después se emitió orden de detención contra Orlov. El empresario huyó a Londres, donde se convirtió en uno de los principales opositores al presidente ruso. Durante unos años, Ruzoil permaneció congelada jurídicamente, fuera del alcance tanto de Orlov como de los nuevos amos del Kremlin. Orlov aceptó por fin entregar la empresa a cambio de que se pusiera en libertad

a tres agentes de inteligencia israelíes que estaban presos en Rusia. Uno de ellos era Gabriel Allon.

Su generosidad le valió a Orlov el pasaporte británico y una audiencia privada con la reina en el palacio de Buckingham. Se embarcó entonces en un ambicioso intento de reconstruir su fortuna perdida, en esta ocasión bajo la atenta mirada de las autoridades reguladoras británicas, que supervisaban todas sus inversiones y operaciones financieras. Su imperio incluía ahora rotativos londinenses tan venerables como el *Independent*, el *Evening Standard* y el *Financial Journal*. Adquirió también una participación mayoritaria en el semanario de investigación ruso *Moskovskaya Gazeta*. Con el apoyo financiero de Orlov, la revista volvió a ser el medio de comunicación independiente más importante de Rusia y una espina clavada en el costado de los hombres del Kremlin.

Como consecuencia de ello, Orlov vivía cada día con la certeza de que los formidables servicios de inteligencia de la Federación Rusa estaban tramando su asesinato. Su nueva limusina Mercedes-Maybach estaba provista de medidas de seguridad reservadas por lo general a los coches oficiales de jefes de Estado y de Gobierno, y su casa en el histórico Cheyne Walk de Chelsea era una de las mejor defendidas de todo Londres. Un Range Rover negro permanecía siempre al ralentí junto a la acera, con los faros apagados. Dentro había cuatro guardaespaldas, todos ellos exagentes de élite del Servicio Aéreo Especial, empleados de una discreta empresa de seguridad privada con sede en Mayfair. El que estaba sentado al volante levantó una mano a modo de saludo cuando Sarah se bajó del taxi. Evidentemente, la estaban esperando.

El número 43 era un edificio alto y estrecho, cubierto de glicinias. Al igual que los inmuebles vecinos, estaba algo retirado de la calle, detrás de una verja de hierro forjado. Sarah avanzó deprisa por el camino del jardín, resguardada a duras penas por su paraguas plegable. El timbre resonó

con un tañido de campana en el interior de la casa, pero no hubo respuesta. Sarah pulsó el botón de nuevo, con el mismo resultado.

Normalmente, una criada habría acudido a abrir la puerta. Pero Viktor, que ya antes de la pandemia tenía fobia a los gérmenes, había recortado drásticamente las horas de trabajo de su personal doméstico para reducir las probabilidades de contraer el virus. Soltero empedernido, pasaba casi todas las tardes en su despacho del segundo piso, a veces solo; a menudo, acompañado por mujeres escandalosamente jóvenes. Las cortinas estaban iluminadas por la luz de una lámpara. Sarah dedujo que Orlov estaría atendiendo una llamada. Al menos, eso esperaba.

Tocó el timbre por tercera vez y, al no recibir respuesta, apoyó el dedo índice en el lector biométrico que había junto a la puerta. Viktor había introducido su huella dactilar en el sistema, sin duda con la esperanza de que su relación se prolongara tras la venta del cuadro. Un gorjeo electrónico informó a Sarah de que el escáner la había reconocido. Introdujo su código personal —el mismo que usaba en la galería— y los cerrojos se abrieron de inmediato.

Bajó el paraguas, giró el pomo de la puerta y entró. El silencio era absoluto. Llamó a Viktor por su nombre, pero nadie contestó. Cruzó el vestíbulo y subió por la espléndida escalera hasta la segunda planta. La puerta del despacho estaba entornada. Tocó con la mano. No hubo respuesta.

Llamando de nuevo a Viktor, entró en la habitación. Era una réplica exacta del despacho privado de la reina en su apartamento del palacio de Buckingham, salvo por la pared de monitores de alta definición que, con un leve parpadeo, emitían noticiarios financieros y datos bursátiles de distintas partes del globo. Viktor estaba sentado detrás de su escritorio, con la cara levantada hacia el techo, como si estuviera absorto en sus pensamientos.

No se movió al acercarse Sarah. Tenía delante de sí el auricular del teléfono fijo, una copa de vino tinto a medio

beber y un montón de documentos. Su boca y su barbilla estaban cubiertas de espuma blanca y había vómito en la pechera de su elegante camisa a rayas. Sarah no vio indicios de que respirara.

—Dios mío, Viktor...

En la CIA, había trabajado en casos relacionados con armas de destrucción masiva. Reconoció los síntomas. Viktor se había visto expuesto a un agente nervioso.

Y, con toda probabilidad, también ella.

Salió corriendo de la habitación con la mano en la boca y bajó la escalera a toda prisa. La puerta de la verja, el botón del timbre, el escáner biométrico, el teclado... Cualquiera de esas cosas podía estar contaminada. Los agentes nerviosos actuaban con extrema rapidez. Solo tardaría uno o dos minutos en saberlo.

Tocó una última superficie: el pomo de la puerta blindada de Viktor. Al salir, levantó la cara hacia la lluvia y esperó a que se manifestaran las primeras náuseas. Uno de los guardaespaldas bajó del Range Rover, pero Sarah le advirtió que no se acercara. Luego sacó su teléfono del bolso y marcó un número de su lista de contactos. Saltó el buzón de voz. Como siempre, pensó, su falta de sincronía era impecable.

—Perdóname, amor mío —dijo con calma—, pero creo que me estoy muriendo.

## 3

# Londres

Una de las muchas incógnitas sin resolver que rodeaban los sucesos de esa noche era la identidad del hombre que llamó a la línea de emergencia de la Policía Metropolitana. La grabación automática de la llamada reveló que hablaba un inglés con fuerte acento francés. Los lingüistas forenses determinarían más adelante que era con toda probabilidad originario del sur de Francia, aunque uno de ellos aventuró que posiblemente procedía de la isla de Córcega. Cuando se le pidió que se identificara, cortó la llamada. Nunca se pudo establecer el número de su dispositivo móvil, que no dejó rastro de metadatos.

Las primeras unidades llegaron al lugar de los hechos — el número 43 de Cheyne Walk, en Chelsea, una de las calles más pijas de Londres— apenas cuatro minutos después. Allí les esperaba un espectáculo extraordinario. Había una mujer parada en el camino de entrada de la elegante casa de ladrillo visto, a pocos pasos de la puerta abierta. Tenía un teléfono móvil en la mano derecha y con la izquierda se restregaba furiosamente la cara, que levantaba hacia el aguacero. Cuatro hombres de complexión robusta, vestidos con traje oscuro, la observaban desde el otro lado de la verja de hierro como si estuviera loca.

Cuando uno de los policías intentó acercarse, la mujer le gritó que se detuviera. Les explicó entonces que el

propietario de la casa, el financiero y editor ruso Viktor Orlov, había sido asesinado mediante un agente nervioso, muy probablemente de origen ruso. Estaba convencida de que ella también se había visto expuesta a la toxina, de ahí su apariencia y comportamiento. Tenía acento americano y dominaba a la perfección el léxico de las armas químicas. Los agentes supusieron que tenía experiencia en asuntos de seguridad, opinión que se vio confirmada por su negativa a identificarse o a explicar qué era lo que la había llevado a casa del señor Orlov esa noche.

Transcurrieron otros siete minutos antes de que los primeros efectivos NRBQ entraran en la casa. En el despacho del último piso encontraron al multimillonario ruso sentado detrás de su escritorio, con las pupilas contraídas, saliva en la barbilla y vómito en la camisa, síntomas todos ellos de exposición a un agente nervioso. El personal médico no hizo ningún intento de reanimarle. Al parecer, Orlov había muerto hacía una hora o más, probablemente por asfixia o debido a una parada cardíaca provocada por la pérdida de control de los músculos respiratorios. El examen preliminar del despacho reveló rastros de contaminación en el escritorio, en el pie de la copa de vino y en el teléfono. No había indicios de contaminación en ninguna otra superficie, incluyendo la puerta principal, el pulsador del timbre o el escáner biométrico.

Los investigadores dedujeron de ello que el agente nervioso lo había introducido directamente en el despacho de Orlov un intruso o una visita. El equipo de seguridad del multimillonario le contó a la policía que esa noche Orlov había recibido la visita de dos mujeres. Una era la americana que había descubierto el cadáver. La otra era rusa; al menos, eso supusieron los guardaespaldas. La mujer no se identificó y Orlov no les dio su nombre. Pero eso no era nada raro, explicaron. Orlov era reservado por naturaleza, y más aún en lo tocante a su vida privada. Salió

a recibir a la mujer a la puerta de entrada, la saludó calurosamente —con sonrisas y besos al estilo ruso— y la acompañó al despacho, cuyas cortinas corrió a continuación. Ella se quedó unos quince minutos y salió sin que nadie la acompañara, lo que tampoco era raro en el caso de Orlov.

Eran casi las diez de la noche cuando el oficial a cargo de la investigación informó de sus conclusiones preliminares a New Scotland Yard. El supervisor de guardia llamó a la comisaria Stella McEwan y esta, a su vez, se puso en contacto con el ministro del Interior, que alertó a Downing Street. La llamada fue innecesaria, pues el primer ministro Lancaster ya estaba al tanto de la crisis; le había informado quince minutos antes Graham Seymour, director general del MI6. El primer ministro había reaccionado a la noticia con una furia justificada. Todo apuntaba a que, por segunda vez en apenas año y medio, los rusos habían perpetrado un asesinato en el corazón de Londres utilizando para ello un arma de destrucción masiva. Los dos atentados tenían, como mínimo, un elemento en común: el nombre de la mujer que había descubierto el cadáver de Orlov.

—¿Se puede saber qué hacía en casa de Viktor?

—Iba a venderle un cuadro —explicó Seymour.

—¿Seguro que era solo eso?

—Primer ministro...

—No estará trabajando otra vez para Allon, ¿verdad?

Seymour le aseguró a Lancaster que no.

—¿Dónde está ahora?

—En el hospital St. Thomas.

—¿La ha afectado el gas?

—No tardaremos en saberlo. Mientras tanto, es imprescindible que su nombre no se filtre a la prensa.

Dado que el incidente afectaba a la seguridad interior, los rivales de Seymour en el MI5 se hicieron cargo de la investigación. Centrarón sus pesquisas en la primera de las dos visitas de Orlov. Gracias a las cámaras de

videovigilancia de Londres, la Policía Metropolitana ya había descubierto que la mujer llegó a casa de Orlov en un taxi a las 18:19 horas. La revisión de otras grabaciones permitió establecer que había subido al mismo taxi cuarenta minutos antes en la Terminal 5 de Heathrow, adonde había llegado en un vuelo de British Airways procedente de Zúrich. La Policía Fronteriza la identificó como Nina Antonova, de cuarenta y dos años, ciudadana de la Federación Rusa y residente en Suiza.

Dado que el Reino Unido ya no exigía a los pasajeros que llegaban al aeropuerto que rellenaran tarjetas de desembarque, se desconocía su profesión. Con todo, una simple búsqueda en Internet reveló que Nina Antonova trabajaba como periodista de investigación para *Moskovskaya Gazeta*, el semanario anti-Kremlin propiedad del mismísimo Viktor Orlov. Había huido de Rusia en 2014 tras sobrevivir a un intento de asesinato y desde su corresponsalía en Zúrich había sacado a la luz numerosos casos de corrupción que implicaban a miembros del círculo íntimo del presidente ruso. Se describía a sí misma como disidente y aparecía con frecuencia en la televisión suiza como experta en asuntos rusos.

El suyo no era el currículum típico de una asesina de Moscú Centro. Aun así, teniendo en cuenta el historial del Kremlin, no podía descartarse que no lo fuera. De lo que no había duda era de que había que interrogarla, y cuanto antes mejor. Según las cámaras de seguridad, salió de la residencia de Orlov a las 18:35 y se dirigió a pie al hotel Cadogan, en Sloane Street. El recepcionista confirmó que, en efecto, una tal Nina Antonova se había registrado en el hotel esa misma tarde. No, no estaba en su habitación. Había salido del hotel a las siete y cuarto, al parecer para una cena, y aún no había regresado.

Las cámaras de seguridad del hotel habían grabado su salida. Con semblante serio, había subido a la parte de atrás de un taxi al que había llamado un aparcacoches

cubierto con un impermeable. El taxi no la llevó a un restaurante, sino al aeropuerto de Heathrow, donde a las diez menos cuarto de la noche embarcó en un vuelo de British Airways con destino a Ámsterdam. Una llamada a su teléfono móvil —cuyo número conocía la policía por el formulario de registro del hotel— no obtuvo respuesta. A partir de ese momento, Nina Antonova se convirtió en la principal sospechosa del asesinato del financiero y editor de prensa ruso Viktor Orlov.

Como postrera humillación, fue Samantha Cooke, del *Telegraph*, el periódico rival de Orlov, quien publicó la primicia del asesinato, aunque su relato apenas contenía detalles. A la mañana siguiente, durante una comparecencia ante los periodistas frente al Número Diez, el primer ministro Lancaster confirmó que el multimillonario había sido asesinado mediante una toxina química aún no identificada, casi con toda certeza de fabricación rusa. No habló de los documentos que se habían descubierto en el escritorio de Orlov, ni de las dos mujeres que le habían visitado la noche de su asesinato. Una parecía haberse esfumado sin dejar rastro. La otra descansaba cómodamente en el hospital St. Thomas. Y aunque solo fuera por eso, el primer ministro daba gracias al cielo.

Cuando llegó estaba empapada hasta los huesos y temblaba de frío. Al personal de cuidados intensivos no se le notificó su nombre ni su ocupación, solo su nacionalidad y su edad aproximada. Le quitaron la ropa mojada, que metieron en una bolsa roja de riesgo biológico, y le dieron una bata y una mascarilla para que se las pusiera. Sus pupilas respondían y no presentaba obstrucción de las vías respiratorias. Tenía alterados el ritmo cardíaco y la respiración. ¿Notaba náuseas? No. ¿Dolor de cabeza? Un